

ALGO DE LA ABUELA

INDA SERROT

Si mi abuela aún viviera, hoy estaría festejando su aniversario número ciento quince.

Al escribir la frase: “Si mi abuela aún viviera”, lo pensé dos veces, pues sé bien que ella ya no vive físicamente, pero ¡cuánto de ella vive en el recuerdo de quienes tuvimos la fortuna de estar a su lado!

Mi abuela no fue *apapachona*, cariñosa ni *querendona*. Más bien era algo reservada en la forma de mostrar el cariño hacia sus nietos. De que ella nos amaba, ahora estoy segura; no así durante mi infancia y adolescencia.

Ella no fue ese modelo de abuelita tierna y bondadosa. Era estricta, regañona, obstinada y exigente. Nunca me molestó su presencia, pero si he de ser sincera, tampoco la disfruté.

Apenas amanecía y la abuela ya venía de regreso del templo. Llegaba a casa y empezaba a levantar a toda la familia, pues debíamos estar listos para ir a la escuela. Al poco rato de su llegada, ya estaba metida en la cocina preparando el desayuno y dando órdenes. Ella hablaba poco y nosotros obedecíamos con respeto. Mamá casi siempre estaba cuidando al bebé en turno o encargada de otros quehaceres, pues la familia era numerosa.

Hoy la recuerdo y lamento no haber sido una chica inquieta y preguntona: abuelita, ¿por qué no ríe?, ¿por que siempre

está tan callada?, ¿dónde está mi abuelo?, ¿qué le pasa en su pierna que no camina bien?, ¿me quiere, abuelita? Nunca, nunca pregunté nada y poco supe de sus pensamientos y menos aún de sus sentimientos.

Y aun siendo la abuela tan poco expresiva, hoy rescato de ella lindos detalles.

La abuela me llevaba a ver los aparadores de las tiendas durante la época navideña y me hablaba del Niño Jesús. Ella me enseñó a creer en Dios.

La abuela confeccionaba mi ropa y yo la lucía como si me la hubiesen traído de la mejor tienda. También me ayudaba a resolver los problemas razonados que yo no entendía y se ocupó de que yo aprendiera a leer y a escribir correctamente.

La abuela me llevaba a la ciudad de El Paso, Texas, a visitar a una hermana que ella tenía allá, y soportaba mi llanto cuando apenas habíamos llegado y yo ya quería regresar porque extrañaba a mi mamá. Cuando no iba con ella, siempre recordaba traerme algún pequeño detalle.

La abuela me invitaba a escuchar la radionovela del momento y me explicaba lo que no entendía del episodio de *Una flor en el pantano*, *Chucho*, *el Roto* y *Corona de lágrimas*, entre otras; trasladaba la historia a mi lenguaje infantil para que yo pudiera comprender el drama que rodeaba a tan interesantes personajes, que en mi mente de niña creía que de un momento a otro saldrían de aquella maravillosa caja de madera que encerraba amores, desilusiones, quejas, traiciones, esperanzas y muchas emociones más, que la abuela me ayudaba a comprender.

Ella me enseñó a ser hermanable, obediente, respetuosa, ordenada, bondadosa, caritativa y a tener actitudes positivas hacia los demás, las cuales permitieron que me convirtiera en esta mujer de bien que ahora soy.

Nunca olvidaba el cumpleaños de ningún miembro de la familia y siempre estaba atenta de hacerle llegar una felicitación;

el telegrama era el conducto perfecto con el que la abuela se hacía presente.

Cuando empecé a trabajar, ella se sentía contenta, aunque nunca me lo dijo, quizá disfrutaba de que había contribuido a mi formación. En ocasiones, yo le daba algo del dinero que ganaba. Con esto, ella hacía sus ahorros, y el día de mi cumpleaños se acercaba, me abrazaba y al oído me decía: “Toma, perico, tus sopas”, y me daba un regalo. Esa frase la recuerdo siempre, y más aún cuando tengo la oportunidad de regresar con creces el bien recibido.

No sé cuánto mi abuela me amó, pero ahora la entiendo, la percibo diferente. Ignoro las circunstancias de su vida que no le permitían *apapacharme*; tal vez fue porque a ella no le enseñaron a exteriorizar sus sentimientos. Sin embargo, siento que la abuela siempre me amó.

Sede DEMAC Chihuahua
Chihuahua, Chih.